

NO QUIERO IR

(Cuento a partir de los 12 años)

-No quiero ir, no iré.

Silencio.

-Mamá, no pienso ir. ¿Me oyes?

Silencio.

-Me llevarás arrastras. ¿Por qué tengo que hablar con una desconocida? Si me obligas a ir te odiaré toda mi vida.

Silencio.

A fuera, el sol hierde mis ojos, los cierro para no deslumbrarme y eso me sirve para disimular las lágrimas de rabia que se me escapan. Odio al mundo entero y siento ganas de dar una patada a mi madre que parece no escucharme. No voy a decir nada a la bruja de psicóloga. Si quiere llevarme a esa chismosa que me hará mil preguntas, se va a fastidiar. No voy a montar una escena, me limitaré a callar y a que pague para nada. Me distraigo como puedo, ¡así llegaremos tarde! Arrastro mis pies por la calle, camino cabizbaja, tropezando con las juntas de las baldosas. Son bonitas, en forma de flor. Las manos, como siempre, van recorriendo las paredes. La rugosidad del estucado, las ranuras de los ladrillos, el frescor de los cristales de los aparadores..., palpar, tocar, sentir, sentirme viva, calmar mi angustia... me he lastimado las yemas de los dedos, un larañazo! Pero... ¡no importa!, me trago las lágrimas.

Mi madre mira, me mira con reprobación, pero al menos calla. Las palabras sobran. Las palabras..., en mi cabeza la rabia juega con las flores del suelo y el tacto de las paredes y mi ritmo cambia, ahora avanzo a saltitos. Sigo la forma de esas flores de asfalto, intento no pisarlas y pasar justo por el lado porque si las toco quizá las hiero. Levanto la cabeza y no entiendo nada, no entiendo qué ocurre, no entiendo ese mundo de alocados coches que me envuelve, el trajín de las personas al andar, ese olor a humo, los horarios, los anuncios, la falta de tiempo, mis pesadillas y me siento sola, muy sola. Como si me hubiera extraviado en una selva de cemento e indiferencia. ¡Tengo miedo! Me agarro a una farola uniendo el escozor de mi herida con el frío tacto del metal. Suspiro mientras cruzamos la calle. Ya hemos llegado. Subimos en el ascensor, la bruja abre la puerta pero no tiene escoba, ni verruga. Huele a limpio. Al fondo, una mesa blanca y una luz cálida.

Al cabo de un rato, mi madre desde la sala de espera, escucha una carcajada.

¡Ya no me siento tan sola!

